



FELIPE II Y EL ESCORIAL.

I.  
FELIPE II.



Retrato gigante de un reinado poderoso á pesar de su mala administracion, y á la vez de su soberano, álzase en las faldas de una cordillera de montes continuacion de las sierras de Guadarrama un estenso edificio, colosal como el imperio español; frio y severo como el rey que le mandaba levantar.

Grandioso monumento del estilo greco-romano restaurado, revolucion del arte que inauguró el genio de Miguel Angel Buonarrotti y que tan dignamente introdujo en España el asturiano Juan de Herrera, la sorprendente mole del monasterio del Escorial se alza melancólicamente magestuosa, dando motivo de profundo estudio al artista, de meditaciones al filósofo y al historiador, de admiracion á cuantos la contemplan.

Ante sus grandes proporciones, el viajero se detiene absorto: ante las *aletas* (1) de sus áticos sus remates de *obeliscos embolados* (2) y de *esferas*, y todos sus cuerpos arquitectónicos colosales siempre y siempre tambien desnudos de adorno, el artista se detiene estudiando aquel período de restauracion que, recibiendo nombre de Herrera, su gran introductor en España,

(1) *Aletas* son unas adiciones, que para quebrar la demasiada severidad del ángulo recto, formado por la línea horizontal de un cuerpo arquitectónico y la perpendicular de otro mas pequeño que cae sobre él, ó bien de dos pequeños que se juntan á uno mayor, se les unen á manera de contra-fuerzas, viniendo á formar un triángulo mistilíneo, compuesto de las dos rectas de los cuerpos arquitectónicos, y de la curva entrante de la *aleta* que generalmente se adorna con volutas contrarias en los extremos: aunque de época mas posterior, un ejemplo de ello se ve en la fachada de San José de esta córte.

(2) *Obelisco*, especie de pirámide, cuyas caras, elevándose casi verticalmente, resultan tener mucha mayor altura total, que anchura en la base. Cuando remata en una esfera ú óvalo, se llama *obelisco embolado*.

habia de ir degradándose hasta tener que hallar algo de su primitiva pureza en el gusto viñolesco, despues de haber pasado por el decadente y el de Churriguera; y ante los grandes recuerdos que encierra el nombre de su fundador, el historiador filósofo medita sobre aquella controvertida época de nuestra historia, que encierra en la suya la tétrica figura de Felipe II.

El Escorial y Felipe II son dos nombres que no pueden pronunciarse separados. No es dable estudiar á Felipe II sin que en seguida se recuerde y se comprenda aquel gran templo; ni puede contemplarse el monasterio de Juan de Herrera, sin que creamos ver vagar por entre sus ventanas seculares, la pálida figura de Felipe, escapada acaso del magnífico retrato de Pantoja.

Pero si el recuerdo es unánime, el juicio que inmediatamente despierta es diferente en los admiradores del monasterio; y así como al juzgar esta obra del arte no andan acordes los pareceres, al pronunciar el nombre de Felipe II, los unos execrando su memoria le llaman *demonio del Mediodía*, los otros enalteciéndole como gran pensador y político profundo, le dan el pretencioso calificativo de *prudente*.—Y sin embargo, no creemos que merece ni los acalorados denuestos de los unos, ni las parciales alabanzas de los otros.

No es un breve artículo de periódico espacio bastante, ni mi pluma suficiente docta, despues de tantos y tan eminentes varones como se han ocupado de Felipe II, para enunciar siquiera todas las múltiples ideas que es necesario tener en cuenta al formar el juicio crítico de aquel rey. Sin embargo, indicaremos las que nos sugiere la memoria de aquel monarca, que nacido en Valladolid en las casas del conde de Rivadavia (3) el día 21 de mayo de 1527, hijo del emperador

(3) Cuéntase que sufriendo crueles dolores la emperatriz, al tiempo de nacer el futuro soberano de los Estados españoles, como la matrona que la asistia viendo que la augusta señora no pronunciaba la mas pequeña queja, la animase á que se desahogara exhalándolas, contestó la emperatriz: «*Non me faleis tal, minha comadre, que eu morreréi, mais nao gritarei.*» Parece que en el momento de nacer, su madre inculcaba al futuro soberano aquel asombroso dominio de sí mismo, que fue una de las principales cualidades del astuto monarca.

La casa en que nació se conserva todavia, siendo hoy propiedad del excelentísimo señor don Mariano Reinoso. Para la solemne ceremonia del bautismo, se levantó un pasadizo desde la escalera principal del palacio, que cruzando una de las rejas bajas del edificio (la cual subsiste hoy entrelazada sus dos hojas por medio de un grueso candado), conducia á la inmediata iglesia de San Pablo, donde tuvo lugar la administracion del Santo Sacramento. Este corredor, construido indudablemente para evitar que la muchedumbre obstruyese el paso á la real comitiva, se cubrió en toda su estension de frondoso ramaje recargado artificialmente con flores, limoneros, naranjos y otros frutos. (Sangrador, *Historia de Valladolid*, tomo I.)

Cárlos V y de la emperatriz doña Isabel de Portugal, habia de regir los vastos dominios que fue allegando la triunfadora espada de su padre, y ver caer tristemente las hojas de los árboles durante setenta y un años desde su nacimiento hasta su muerte ocurrida en el Escorial el 13 de setiembre del 1598. Acontecimientos que se precipitaban en sus dilatados dominios, trajeron sin cesar ocupado su ánimo en cuarenta y dos años que empuñó el cetro, empezando á reinar en 1556 por solemne renuncia ó abdicacion del emperador. La Francia confederada con el papa Paulo IV invade sus fronteras tratando de despojarle de las posesiones de Italia. Los Países Bajos se le sublevan auxiliados por Inglaterra y Francia. Los moriscos del reino de Granada refugiados en las escabrosas montañas de las Alpujarras amenazan volver á tremolar triunfante, en la península, el destrozado estandarte del Profeta. Selim, usurpador, desde su trono impulsa sus escuadras para apoderarse de la isla de Chipre. Luchas interiores atacan su corazon de padre. Dignas revueltas de pueblos que invocaban sus venerandos fueros, irritan su altivez de soberano en Aragon. Ambiciosas miras le empeñan en guerras exteriores contra infieles; y la herejía de Lutero estendiéndose rápidamente por España, inflama sin cesar las hogueras inquisitoriales, ya que no encendia como en vecinos países las horribles guerras de religion, que en un solo día inmolaban mas victimas que todos los autos de fe del odioso tribunal. Con tantos y tan contrarios elementos, consecuencia precisa del sistema conquistador, pero no organizador de Cárlos V, tuvo que luchar Felipe II. ¿Fue digno rey para tantas empresas, ó la magnitud de ellas, producidas muchas veces por su mala administracion ahogó su grandeza de soberano? Si por triunfo se comprende la forzada pacificacion que dan el miedo ó el terror, desde luego podemos decir que Felipe II sabia vencer todos los obstáculos; si por el contrario, la grandeza de un rey estriba en la verdadera importancia que sabe dar á su pueblo alcanzándole calma y ventura en el interior y renombre legítimo, hijo de su poderío, en el exterior, Felipe II ni alcanzó ni pudo alcanzar tanta gloria.

De gran entendimiento para meditar, pero tardo en resolver: de escasa imaginacion para inflamarse con la gloria, pero de penetracion astuta para seguir las tramas de sus enemigos: enteramente poseido de su papel de rey para hacer respetar sus derechos; pero sin comprender los caminos para llegar á la altura que la vasta administracion de sus Estados reclamaba: melancólico por natu-



raleza, como atrabiliario por predominio; llevando en su pecho un corazón de hielo, Felipe II tenía grandes cualidades para reinar, á la vez que muchos y contrarios elementos para cumplir en su vasta extensión de territorio, los destinos á que parecía llamado por la mano de la Providencia. Con razón ha dicho el distinguido historiador de España don Modesto Lafuente, estableciendo un paralelo entre Carlos I y su hijo que «forman extraño contraste las condiciones geniales de Carlos y Felipe. La vivacidad española de Carlos siendo flamenco; la calma flamenca de Felipe siendo español: la movilidad infatigable de aquel; la inalterable quietud de este: el genio expansivo del padre; la fría reserva del hijo.»

Hemos calificado á Felipe II de hombre de entendimiento, y efectivamente, además de mostrarlo así en sus disposiciones como soberano, consta de una manera inlubrida que había hecho buenos y no comunes estudios, y que tenía conocimientos, sobre todo en lenguas y en literatura latina. Como rey, amante de las prerogativas de su alto puesto, deja también conocer su gran penetración consiguiendo tener siempre á raya á aquel mismo tribunal de la fe, instrumento para él tan precioso, cuando supo recoger todos los papeles é imponerle silencio deshaciendo la orden militar que pretendía establecer con el título de Santa María de la Espada Blanca, orden en que inscritos los mejores caballeros, hubiera podido algún día levantar tan alto el poderío de la Inquisición que hiciera sombra al mismo solio.— Felipe II es también el rey que con razones perfectamente pensadas, apoyado en el mismo derecho canónico y disciplina eclesiástica, se oponía al establecimiento en España de la orden militar de San Lázaro, contra la misma voluntad del Santo Padre del cual decía en una carta escrita á su embajador en Roma don Luis de Requesens, *no dependía el eximir de la jurisdicción de los príncipes lo que ellos quisiesen*: é igual conocimiento y sostenida política demuestran la firmeza de Felipe en no admitir las bulas pontificias en Nápoles, Sicilia y Milan, sin el *Regium exequatur*; y las firmes y entendidas contestaciones á que dió lugar la pretendida intrusión en España de la bula *in cena Domini*. La gran iniciativa que tuvo para la nueva congregación del Concilio de Trento, demuestra no solo su amor á la fe en que había sido educado, sino también su deseo de fijar la disciplina y todo lo concerniente al brazo eclesiástico que tan necesitado de ello andaba; así como que no descuidaba tampoco el uniformar la legislación universal de su pueblo, la recopilación, ya que no código, llevada á cabo de su orden por el Licenciado Pedro Lopez de Arrieta y mas adelante por el Licenciado Bartolomé de Atienza.

Regularizador, como hombre de reposado entendimiento, llevó el método hasta un extremo fabuloso; y entreviendo en medio de sus malas teorías administrativas, que para poder gobernar, con exacto conocimiento del estado de un pueblo, es necesario tenerlo anticipado de su situación material, social y moral, demostradas por una exacta estadística, mandó formarlas dejando empezados sus trabajos que ni él vió mediados ni continuaron sus sucesores.—Y bajo otro concepto; bien alto hablan en favor de su talento previsor y metódico, la creación del archivo de Simancas, así como de su amor á las ciencias y á las letras la magnífica biblioteca del Escorial, y de su preferencia á las artes el Escorial mismo mejor que ninguna otra prueba.

Pero como toda buena cualidad llevada á la exageración se convierte en vicio, Felipe II, de regularizador descendió á nimio y de metódico á inactivo. Así es que hombre mas de bufete que de espada, guardó sin sacar de la vaina la que tan victoriosa había sabido hacer su valiente padre; y convirtiendo el útil celo en desconfiada suspicacia, vivió en continua vigilancia de cuantas personas le rodeaban, teniendo montado alrededor de sí tal espionaje, que unos funcionarios eran los celadores de los otros.

Pero fuese efecto de su carácter ó consecuencia natural y precisa de la mala administración, continuadora de la planteada por los insaciables ministros flamencos que rodearon á su padre, ó bien de otra causa que en breve apuntaremos, Felipe, economista y administrador, fue tan mal rey como el mismo Carlos II. En vano repasamos detenidamente la historia de este período, fatal para la prosperidad verdadera de nuestra patria, trataremos de buscar la aplicación de un solo principio administrativo ni económico, al bien del país. To los los medios de allegar dinero á fin de atender á las vastas empresas que, ó las circunstancias especiales de su reino, le presentaban, ó su ambición aun mas injustificada que en su padre de la universal monarquía le exigían, consistieron en empréstitos forzosos saca los sin consideración, su-pensión de pagos, absorción de todo el dinero venido de Indias, y ventas de toda clase de empleos, oficios, jurisdicciones y derechos. A esto se agregaba la prohibición, ya por temor al protestantismo, ya por una idea aun arraigada todavía en nuestro suelo, de exportar el oro, la plata y hasta los productos fabriles, no solo para el extranjero sino para nuestras mismas colonias; la gran estancación en manos muertas de la mayor parte de los terrenos; la poderosa preo-upación que calificaba de *viles* las honrosas y dignísimas fuentes de la riqueza que encierran los oficios y la industria; el erróneo principio de aplicar la contribución indirecta de aduanas, dentro del mismo reino como si cada una de

sus antiguas comarcas fuesen extrañas entre sí; la falta de brazos que las continuas guerras consumían; la carencia de fáciles comunicaciones; la esterilizadora institución de los mayorazgos fuertemente generalizada en su época; y otras causas que no apuntamos por demasiado conocidas, y que hicieron del vastísimo reino hereda lo por Felipe II, un Estado gigante, es verdad; pero un gigante de tan triste estado, que su gran sostenedor Felipe II, cuando apenas llevaba veinte años de reinar decía, *que no veía un día de lo que podía vivir al otro*.

Triste es á la verdad el cuadro que aquel período de cuarenta y dos años presenta á los ojos del historiador. ¿Qué importaba que las demás naciones respetasen al coloso, cuando le veían armado y triunfador cubriéndose de gloria en San Quintín y en Lepanto, si luego aun á los mismos extranjeros íbamos á mendigarles el pan para los pobres españoles (4)?

¿Qué importaba que se levantasen edificios como el Escorial, si era tanta la escasez de moneda que para pagar á los obreros se hacían hasta de suela, poniendo en ella el sello real?

Es menester confesarlo; si Felipe II, político y pensador, supo tener á raya las ambiciones del influyente brazo eclesiástico, supo hacerse respetar hasta del Pontífice mismo, supo hacer cundir su insidiosa política en otras naciones para ejercer á mansalva su predominio, y elevar por último la autoridad real á un grado de poder infinito; y si sus ejércitos al mando de generales como al duque de Alba y don Juan de Austria hacían respetar en donde quiera la bandera española, cierto es también que su mala administración continuadora de la no menos mala, aunque por distinto concepto, de su padre, abrió la sima en que había de hundirse la hacienda española durante los reinados cada vez mas decadentes de sus inhábiles sucesores Felipe III, Felipe IV y Carlos II.

Y no podía ser de otro modo; el movimiento intelectual de nuestra patria estaba reducido á muy estrechos límites. Las ciencias teológicas y escolásticas lo absorbían todo, y estos estudios de abstracciones constantes, apenas dejan cabida cuando se apoderan por completo de un Estado, á las ciencias de aplicación, que son donde se encuentra la fuente de los adelantos materiales, de la producción de la riqueza, de su distribución, de su consumo, de la ciencia económica y administrativa en una palabra, de la prosperidad de los Estados en todas sus vastas y estensas ramificaciones.

Dígnos al principio que Felipe II, si hombre de buena cabeza, era de corazón tan frío, que casi en el sentido metafórico de la palabra, pudiera decirse que no le tenía; ¿cómo sino, se comprende aquel hombre que con la misma impasibilidad asistía á un auto de fe sin que le arancasen, ni un gesto de sentimiento, ó siquiera de insubordinada repugnancia, las horribles convulsiones y desesperados gemidos de los que abrasaban las llamas, como recibía la noticia de la victoria de Lepanto, aquel importante triunfo de Occidente sobre Oriente que hizo esclamar á Pio V, llorando de alegría, *fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*, aplicando á don Juan de Austria las palabras del Evangelio; y que recibida por el mismo hermano del vencedor en ocasión en que estaba rezando las vísperas de todos Santos en el coro del Escorial (5), continuó con impasible calma hasta que las vísperas concluyeron, y al terminar, con la misma impasibilidad, fue cuando ordenó que se entonasen el *Te Deum*, diciendo solo estas palabras: «Mucho ha aventurado don Juan.» Que de igual manera disponía las horribles calamidades que alligieron á los moriscos, ó recibía la noticia de la derrota de la armada invencible exclamando con fría impasibilidad, lo que en otro monarca hubiera sido arranque de grandeza: «Yo envié mis naves á combatir con los hombres pero no con los elementos.»—Esa misma frialdad de corazón es la que decretaba y disponía con horrible calma el sangriento tribunal de Bruselas, las crueldades del duque de Alba, los suplicios de Egmont y de Horn, la tenebrosa estrangulación de Montigni, la prisión misteriosa y la muerte del príncipe Carlos, el tormento de Antonio Perez, la ejecución de Juan de Lanuza y el asesinato del príncipe de Orange (6).»

Solo un hombre sin corazón podía disponer con aquella calma imperturbable tan horribles sacrificios sin que ni aun la sombra del remordimiento, ya que no de la piedad, contrajese alguna vez su semblante.—Pero no era toda la culpa suya; lo era también de la época que atravesaba. El fatalismo intolerante de un lado, las exageradas ideas acerca del poder real, que se creía como un axioma, daba derecho sobre vidas y haciendas á los monarcas, tendían tan espeso velo en toda Europa, que ofuscando la vista de los reyes y aun de los pueblos, producía en estos el cobarde terror, y en aquellos la sangrienta tiranía. Así es que en ese mismo siglo, simbolizado en España por Felipe II, vivían y

(4) Durante diez y och años entraron del extranjero en España once millones de fanegas de trigo, y fue necesario dar una pragmática, declarando libre del derecho de alcabala el pan que se trajese por mar á Sevilla (Lafuente, *Historia de España*, tomo XV, citando la ley 96, título 18, libro 9, de la Recopilación).

(5) El de la iglesia provisional, pues aun no estaba concluido el actual ni el templo. Así es una vulgaridad lo que generalmente se dice cuando se enseña el monasterio y la silla que en el coro tenía Felipe II, suponiendo que allí recibió la noticia de la victoria de Lepanto.

(6) Lafuente, *Historia de España*, tomo V, página 131.

governaban las demás naciones, nuestras vecinas, monarcas como Enrique VIII, el impuro adúltero que abjurando de la religión y de las creencias de que tanto había blasonado, se erige en Pontífice, parte su talamo y su trono con mancebas, y como si no fuesen bastante á saciar su sed de sangre Ana Bolena y Catalina Howard Fischer y Tomás Moro, arroja á la hoguera de su crueldad, que no de su creencia, setenta mil víctimas, así católicos como protestantes; monarcas, como María de Inglaterra impio verdugo de su mismo padre y de su esposo, de la desdichada Juana Grey, de Warwick Craumer, Piat y de multitud de desgraciados, hasta el punto de poder decir con el historiador citado antes, que en su tiempo derramaron menos sangre en Inglaterra los soldados que los verdugos. Monarcas como la misma Isabel, esa gran reina tan querida de los ingleses, entregada siempre á ilegítimos amores, y que así mandaba matar á Norfolk y Essex, como á la desgraciada María Estuardo. Monarcas como Francisco I de Francia, el gran inquisidor de aquel país, el libertino galanteador de una corte á quien corrompe y el autor entre otras de las horribles matanzas de la Estrapada y de Meridol. Monarcas, en fin, como Catalina de Medicis y Enrique III: como el sangriento cazador de hugonotes en la sangrienta noche de San Bartolomé.

Era tendencia natural del siglo, y afortunadamente para España, Felipe II con todas sus faltas, sus suplicios y su frialdad de corazón, se presenta el menos cruel de aquella falange de tiranos.

Y sin embargo, ¿cosa extraña! en esta época de triste recuerdo para el interior de nuestra patria, aunque de aparente grandeza en el exterior, brillaron multitud de hombres célebres en el cultivo de las letras, tales entre otros muchos, como el dulce á la par que sublime fray Luis de Leon, el fácil y fluido Francisco de la Torre, el grave historiador con algo de poeta, mucho de diplomático y no poco de guerrero don Diego Hurtado de Mendoza, el divino Herrera, el fenix de los ingenios fray Lope de Vega Carpio, los autores de la Araucana y el Bernardo, el severo y verídico historiador Luis de Mármol, los no menos críticos Diego Perez de Hita y Cabrera, y sobre todas las figuras que se alzan gigantes en el gran movimiento literario de este período, aquel de quien un poeta granadino contemporáneo ha dicho en el canto mas inspirado que sin disputa se ha escrito á la batalla de Lepanto (7).

Allí también su gentileza ostenta  
un soldado español: su noble mano  
el pesado arcabuz fiero sustenta,  
muertes lanzando al bárbaro otomano.  
En su ancha frente el porvenir asienta  
de la gloria el destello soberano,  
orlando con reflejos deslumbrantes  
el pensamiento audaz del gran Cervantes.

¿Cómo explicar tan fecundo y espontáneo adelanto para las letras en siglo de tanta presión para las inteligencias? Felipe ya hemos dicho que amaba el estudio, por mas que temiese fueran á buscar conocimientos al extranjero los españoles, no se inficionasen en la herejía; pero aunque así no hubiera sido, aunque sobre las inteligencias hubiera pesado mas grave presión, el movimiento habría resultado el mismo; los productos de ella, tan vigorosos y lozanos. Llevaba escasos años de haberse descubierto la imprenta, y la gran evolución literaria que venía preparándose dos siglos hacia, que estaba contenida por falta de impulso, y que

si no escalaba las empíreas salas  
por valor no quedaba y sí por alas,

aplicando á este propósito un célebre dicho del mismo poeta á quien ha poco nos referimos, cuando encontró camino y alas para volar á las regiones de la gloria con el inmortal descubrimiento de Gutemberg, entonces el movimiento no podía menos de verificarse como no pudo tampoco quedar paralizado el arte ante el nuevo impulso que recibía en Italia, bajo la poderosa mano de Miguel Angel Buonarota.

Pero aunque así fuera no quitamos la justa gloria que le corresponde al fundador del Escorial por la previsoría protección que dispensó á las ciencias y á las letras, fundando el archivo de Simancas y la biblioteca de dicho monasterio, así como á las artes, de que es buen ejemplo ese gran edificio, que juzgado también de diferente modo por propios y extraños, habrá de ser objeto de nuestros estudios en el próximo artículo, como en el presente lo ha sido su melancólico fundador.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EXPOSICION DE PINTURAS POR LA SOCIEDAD BARCELONESA DE AMIGOS DE LAS BELLAS ARTES.—REVISTA DEL AÑO 1839 (1).

II.

La digresión con que terminé el artículo precedente, dará idea de nuestro modo de ver en asunto de bellas

(7) Don Manuel Fernandez y Gonzalez: este canto fue premiado con la flor de oro en los juegos florales del liceo de Granada, celebrados en 7 de julio de 1839.

(1) Véase el número anterior.



artes. Cuando tanta influencia ejercen y tanto ingenio demandan, no es posible se ciñan á un papel secundario: ¡ay de ellas el día que se prostituyeran á indignos oficios, tal vez en obsequio de las malas pasiones! Si; las artes tienen señalada una misión, y el artista es á su modo un misionero, un apóstol. Su interés bien entendido le aconseja no separarse de esta línea, y quizá por no haberla seguido fielmente, su posición es menos brillante de lo que debiera. La dignidad de prestigio, el prestigio de crédito, y al crédito siguen de cerca la fortuna y la consideración. Diráenos que algunos artistas alcanzaron gran renombre sin amoldarse con rigor á estos principios; pero sobre que tamaño esfuerzo, además de aventurado, solo cumple á insignes talentos, las excepciones no forman regla, y hablando en tesis general, se ha de proceder de bases fijas. Según muchos, el cálculo ahoga la inspiración, pues el sello esencial del genio es la espontaneidad; pero aquí conviene distinguir: si en efecto, componiendo un cuadro debiera empezarse por prolijos estudios, vacilaciones y tentativas, bien podría ser que el conjunto de la obra resultase falto de cohesión, manco y defectuoso; pero la preparación ó cálculo que nosotros suponemos, es aquella disposición anterior y habitual, no solo de la mano sino del espíritu, fruto de una cumplida madurez, del estudio, del esmero, de la observación constante, de los buenos principios, y aun de la moralidad del artista.

Como en el concurso de que tratamos los ordinarios espositores son jóvenes que, por decirlo así, se forman en su noble profesión, creemos conducentes estas observaciones, y deseamos que en gracia del buen propósito no se nos tilde de rigoristas. Sin embargo la sociedad de amigos de las bellas artes, por su índole y por sus bases es quizá de las menos favorables al desarrollo de los buenos elementos artísticos y á la aplicación de las teorías que acamos de enunciar. Primeramente la clase facultativa tiene en ella una acción muy reducida, no bastando su exigua minoría á contrabalancear el riesgo de apreciaciones ininteligentes, que amenguan el prestigio, desvirtúan el mérito, y naturalmente lastiman y esquivan á los opositores. En segundo lugar, sus tendencias parecen sobrado especulativas, falseando la idea esencial de la propia sociedad que es fomentar las artes y estimular á los artistas: así sucede que muchos socios se consideran chasqueados sino alcanzan algún lote en el sorteo, mientras los esponentes solo tiran á exhibir obras de salida fácil, no con mira de adquirir crédito, sino con el visible propósito de asegurarse el despacho, acomodándose á los más fáciles gustos. La parte reglamentaria se nos antoja asimismo defectuosa: un solo concurso anual es poco para costumbre y menos para certamen, ya se atiende al objeto de crear gusto y afición en el público, ya al de promover emulación en los artistas, y hasta de contentar á los socios. Las cuotas asignadas en premio arrancan de una escala sobradamente baja, aunque la mira sea aumentar el número de lotes; mas viniendo en la actualidad á reunirse, entre cuatrocientos accionistas, á cuarenta reales cada uno, un fondo de suscripción alrededor de 16,000 rs. vn., parece podrían pagarse regularmente como una docena de buenos cuadros. El espositor que viera probabilidad de ganar haría trabajos estudiados, meditados, poniendo en ellos todo su criterio, y consagrandoles el tiempo debido para que al primor de la invención reunieran el primor de la ejecución. De este modo la justa sed de gloria no tendría que posponerse al afán de grangería, y desde luego las presentes exposiciones rendirían sus legítimos resultados. Sin perjuicio de esto, pudiera señalarse, conforme parece se ha ensayado esta vez, algún moderado premio para bocetos, diseños, cartones ó acuarelas, que además de ser inferiores en coste á otras obras mas acabadas, respiran á veces mayor suma de ingenio y de inspiración. ¿Y por qué no establecer un jurado de calificación, el cual previos los oportunos debates, votaciones, etc., en que se diese lugar á los accionistas, ahora reducidos á una situación muy pasiva, pudieran dispensarse menciones honoríficas, distinciones y si se quiere verdad ros premios, con actas razonadas, y comunicaciones emulativas á los laureados, que en su caso les sirvieran de mérito y recomendación, de ventaja en la propia sociedad, por ejemplo, exención del pago de cuota, y en todo tiempo de honor en su carrera?

Mientras no se acuerde alguna reforma análoga, la idea de esta sociedad, en su fondo loable y trascendental, no producirá sensibles ventajas. Los profesores seguirán desdeñándose como se desdeñan de entrar en liza bajo condiciones mezquinas, y ciertamente no proporcionadas al valer de una ilustración, amen de las alteraciones poco dignas que la modestia de las actuales bases favorece hasta cierto punto. Y á la verdad, ¿con qué derecho, vista la posición no muy lisonjera hoy de los afiliados al arte, puede demandárseles aquel entusiasmo que solo es compatible con una desahogada libertad de acción? ¿Quién será capaz de la abnegación suficiente para gastar meses y meses en un trabajo que nadie de seguro ha de recompensarle? Grande incentivo es la gloria para el hombre que consagra su existencia á un ejercicio liberal, y el artista mas que nadie presta oído á sus alagos, pero la gloria sin ayuda vale poco, mayormente en unos tiempos de exagerado positivismo como los que corremos.

Con relación á esta y otras exposiciones hemos oído frecuentes veces fallar ex-cátedra, y aun á los mas novicios argüir en apreciación colectiva, sin hacerse cargo de muchas circunstancias especiales, no pocas veces de relación, que resuelven, explican, interpretan ó escusan ciertos desvíos, bajo las desaliñadas apariencias del procedimiento; mas el que se halla algo iniciado, toma en debida parte estas circunstancias, y considerando los muchos requisitos que una buena composición exige, las nociones que presupone y las disposiciones que arguye, guárdase bien de emitir un juicio ligero y aventurado. ¿Acaso el mérito de la exposición estriba en el mayor número ó tamaño de las obras? Si así fuese, mas bien debería llamarse exposición de lienzos que de cuadros: por desgracia una buena parte del público juzga así. Para nosotros no es el número lo que importa sino la calidad: un palmo de cuadro valdrá mas á nuestros ojos que una sala de grandes dimensiones: en París son célebres las fantasías de Meissonnier que raras veces escenden de tal medida. El valor de una pintura no siempre es absoluto, como no lo es la entidad artística, pues cuál se recomienda por unos rasgos, cual por otros, en este el colorido, en aquel la composición, la expresión, el dibujo, etc., etc. Ni bastan dos ó tres cuadros para tomar la medida de un ingenio: nada importa en ocasiones que la obra actual sea mala en globo, como en ella despunte alguna cualidad cuyo desarrollo constituirá la especialidad de su autor. En trabajos de arte propiamente dicho, la ilusión, y por ende la decepción, son quizá mas contingentes que en las obras literarias. La pintura tiene apariencias que fascinan, un mirage deslumbrador, y no siempre la soltura del pincel se dobla al rigor del raciocinio.

Nuestras indicaciones tienden á atajar el mal efecto de la prevención con que, sin motivo á la verdad, se ha recibido la exposición de este año. Quizá se contaba con mayor número de esponentes, quizá las obras no han sido tan numerosas y variadas como otras veces, ¿pero revela esto decadencia? Recuérdese que Barcelona, capital de una provincia muy industrial de España y de las que mas tienden á rivalizar con las importaciones extranjeras, durante largo tiempo apenas ha visto surgir media docena de ingenios que prometiesen realizar sus artes decaídas. Los pocos y buenos maestros que en su seno contaba, relegados por recurso á un profesorado rutinario, y modestos de sobra, por ventura desalentados bajo la presión de un indiferentismo general, carecían de suficiente brio para imprimir al arte la dirección que el vuelo de nuestra época exige. A su vez los artistas noveles, ahogados por tan fría atmósfera, corrían á buscar teatro mas vasto, terreno mas propio donde desplegarse y florecer con la plenitud de su lozanía. Ya empero, de algunos años acá, y plácenos consignarlo, merced entre otras cosas, á la feliz cooperación de esta sociedad de amigos, vese formando un plantel de profesores que anuncian á nuestras artes una gloriosa restauración. Al citar nombres, procuraremos no herir susceptibilidades; de todos modos no se necesita gran penetración para caer en la cuenta del incansante progreso que se realiza. Figuristas, coloristas, retratistas, paisajistas, en cada sección vemos sobresalir alguna especialidad, sin contar los que las abrazan todas; adviértese ya tendencia á formar escuela, y en la mayoría asoma un estilo y un procedimiento sistematizado. Sin duda no todas sus obras rayan á igual altura; acaso la propia mano que dió muestras de vigor, peca otras veces por demasiada flojedad; pero esto, ya lo hemos dicho, nada supone, siendo efecto de causas ajenas á la voluntad y al esfuerzo individual. En nuestro dictamen será satisfactoria cualquiera exposición que revele un adelanto, ó consolide una reputación bien adquirida, y gustosos perdonaremos á los unos su mal humor de un día, sobrando motivos para escusárselo, en gracia de lo que dieran con mayor disposición de espíritu, mientras á otros agradeceremos muy mucho sus esfuerzos, tanto mas plausibles, cuanto mas desinteresados y voluntarios. Basta lo dicho para que se comprenda nuestra idea sin necesidad de ser mas explícitos.

Entre los jóvenes que rápidamente han desplegado su ingenio, don José Serramerece contarse de los primeros. Buen dibujante, compone con intención, con gusto, con facilidad. Reducido á sí propio, ha sabido hacerse un estilo especial, singularmente en color, tal que no reconoce precedente en los que pudieran haberle dado lecciones. Su visible tendencia es imitar la escuela clásica española; generalmente sombrío, ofrece osados contrastes y golpes no poco felices; en ocasiones, sin embargo, una intención algo exagerada le hace incurrir en monotonía. Espresivos y graciosos son sus tipos, correctas sus figuras, bien acabados los extremos y esplendentes los paños de lujo, como brocados, rasos, etc. Siendo muy ligeras las obras que hasta aquí conocemos de él, no es dado apreciar su talento en la gran composición, pero el que tambien sabe dibujar mejor sabrá componer. La mendiga, que reproducimos en el número anterior es á nuestro juicio su mas bonito cuadro de este año, no solo por la ejecución, sino por la verdad del tipo y por respirar verdadero sentimiento. Hay en él una idea, una idea moral y cristiana, y en semejante concepto, merece clasificarse entre la buena pintura.

Igual facilidad que en el género anterior reúne Serra en el de paisaje: tan caprichoso como original, saca buen partido de simples accidentes, pero lo mismo en uno que en otro, le encontramos defecto de grandiosidad.

Con algo mas de ahínco, y siguiendo entre nosotros, ese aventajado profesor, puede prometerse reanudar las tradiciones de los Flangers y Viladomats. Varios discípulos crecen ya á su sombra, y juzgando por las muestras que algunos han ofrecido, cabe argüir muy bien de su aprovechamiento.

Don José Mirabeut es otro de los noveles artistas que auguran dias mejores á la escuela catalana. Su especialidad son las flores: nada mas transparente y delicado que esos ramilletes, cogidos al parecer por mano de hadas en los pensiles de Andalucía, ya brillando bajo un oblicuo rayo de sol, ya nadando en húmedos reflejos, salpicados de rocío, siempre con tal ilusión que uno se acerca á olerlos llevado de instintivo movimiento. Igual disposición revela para el dibujo de figura; su boceto representando un somaten en Barcelona hacia el siglo XIV, abunda en animación y movilidad, á vueltas quizá de algún barullo, como quiera que el asunto no sea para menos, y en total rebosa soltura. Aun para retratos su pincel es valiente, su entonación elevada y su colorido brillantísimo. A la vez poeta y artista, trabaja con inspiración: ¡lástima no cultive con mayor asiduidad el género llamado de historia!

Recomendables son las producciones de don Ramon Martí y Alsina, quien en un par de años se ha elevado á gran paisajista. Tiene entre otros cuadros un par de alhajas que harían honor á cualquiera notabilidad; dígalos sino la prisa con que han sido compradas sin aguardar al sorteo. El ingenio se veía en ellas con la sencillez y la naturalidad; cuatro peñascos sobre un mar solitario; una encina inclinada en estéril yermo, al borde de una laguna, sobre fondo de azuladas colinas, hé aquí los sencillísimos asuntos de semejantes composiciones, pero con tan marcados accidentes, tan oportunos detalles y efectos tan calculados, que pueden calificarse de verdaderas obras maestras. Menos propio ha estado en el gran lienzo que titula *Delicias de una madre*, y representa á una mujer sentada sobre alfombras, en el interior de una habitación lujosa, rodeada de varios chiquillos medio desnudos, que al parecer retozan con ella. Ni el dibujo, ni las carnaciones, ni las ropas recomiendan esta producción, que á pesar de todo, reúne franqueza y buena luz; mas una obra de tales pretensiones frisa asaz en lo mas elevado de la estética, para que pueda dispensarse de sus genuinos caracteres, sentimiento, alta expresión, belleza simpática, y sobre todo decoro, propiedad y buen gusto. Recta habrá sido la intención del pintor, pero ya lo hemos indicado, para llegar á la sublime especulación, no bastan solo buenos deseos. Los preceptistas dicen: sentid y hareis sentir. El bello ideal requiere una abstracción santa que arrebatte al pintor, músico ó poeta, sobre la vulgaridad de las cosas terrenas reflejando en él un rayo de los celestes resplandores. Las obras de sentimiento demandan vehemente inspiración.

Y ya que de paisistas tratamos, no seguiremos adelante sin saludar á nuestros buenos y antiguos amigos don Luis Rigalt y don Antonio Peira, cuya nombradía, si acreditarse debiera, lograría este año á beneficio de sus risueñas producciones. A una gran práctica y maestría consumada, agrega el primero una facundia inagotable y una mano prolija, hasta de sobra. Durante largos años él solo en nuestras enseñanzas ha llevado el peso de esta sección del arte pictórico con notable honra por cierto, de suerte que este título bastaría á hacerle apreciable, cuando ya no lo fuese por otros muchos. El segundo, bajo el carácter de una afición accesoria, utiliza tan bien sus ocios, que las evocaciones de su paleta podrían dar envidia á mas de cuatro profesores. Tampoco omitiremos citar á don Enrique Ferrou, otro joven aplicado y modesto que pinta esmeradamente, si bien con prolija conveniencia. Apuradamente tiene al lado compañeros que están evidenciándole la ventaja de los estudios prácticos, y la necesidad para el paisaje de la observación de la naturaleza.

Fluyxech, menos afortunado que otras veces, con ricos elementos para la gran pintura, anuncia una desanimación lamentable. Cuando se tiene verdadera vocación, y él la tiene sin duda, el desaliento es casi un delito. La fe, el sacrificio si conviene hacen conquistar palmas de inmortalidad.

*Jesucristo curando al paralítico* por don Eduardo Grezner, tiene limpieza y frescura, con propensión al estilo purista. No acertamos á ver iguales circunstancias en otras composiciones mas secundarias del propio autor.

Uno de los jóvenes de esclarecido talento es don Mariano Fortuny; cuyos primeros ensayos llamaron desde luego la atención, habiendo merecido se le pensionase en Roma donde sigue las huellas de los Milá, Cerdá, Lorenzale, Espalter, Galofre y demás compatriotas que honran ahora el suelo catalán. En muestra de sus progresos ha remitido la imagen del Santo Eremita, patron suyo, que en ademán de orar está hincado al pié de una cruz, en el hueco de oscura caverna. No diremos que este lienzo ofrezca aun la maestría de un profesor, pero innegablemente abunda en excelentes cualidades; sol-



tura, gusto, efecto, contraste, parsimonia. Como verdadera obra de alumno, deja ver mas escuela que sentimiento, mas culto de la forma que profundidad en la idea, pero ya vendrá la madurez con los años. El colorido nos recuerda algun tanto el de Espalter.

Otras pinturas han figurado en la galería de San Juan de las que seria inútil hacer particular mencion. Entre ellas solo citaremos, reproduciéndole en grabado, un grupo de muchachos jugando, obra de don Francisco Vilarrasa, algo liviana y pueril, pero de buena composicion y agrupado, y que á tener mas efecto diriamos trasladado de una fotografia. El dibujo es muy regular y la ejecucion bastante fina.

En la seccion de escultura solo hemos visto un bajo relieve en yeso, de escaso valor, y unos camafeos sobre marisco, curiosos por la materia. Las medallas de

don Antonio Casals constituyen un trabajo muy limpio relativamente al grabado.

En suma, ciento diez y ocho cuadros, producto de diez y seis autores, son los que la Sociedad protectora y amigo de las bellas artes ha dado al público en el último concurso. De los mismos, solo treinta y siete corresponden á la seccion de historia ó género, sesenta á la de paisaje, y el resto á flores, fruteros, retratos, etc. Como se ve, los figuristas an lan en minoría, y aun de ellos son contados los que se dignan cultivar el grande estilo. ¿Por qué no convencerse de la verdad por nosotros preconiza la? Sí, lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo; fuera de la elevada especulacion estética, no cabe gloria para el arte, ni porvenir para los artistas.

J. PUIGGARI.

## DON SUERO DE TOLEDO.

Corria el mes de junio de 1366 y era arzobispo y señor de Santiago, don Suero de Toledo; de aquella antigua y nobilísima familia, que en la ciudad de donde tomara su apellido levantó pendones por el bastardo, durante la triste y desastrosa lucha, en que este disputó el trono de Castilla á su legítimo dueño don Pedro el Justiciero.

Ambos bandos, en eterna enemistad, gracias á la activa guerra que se hacian, estaban de tal modo encontrados, que siempre habia de la parte vencedora agravios que vengar, odios que satisfacer, motivos de rencor y de resentimiento, y se manchaba de continuo la victoria con la perpetracion de crímenes, que hoy horrorizan



EL MONASTERIO DEL ESCORIAL VISTO DESDE UNA ALTURA INMEDIATA.

por mas que entonces los abonasen las leyes de la guerra.

De todas las provincias de la corona de Castilla, ninguna tan fiel á don Pedro como el antiguo reino de Galicia, tanto que uno de sus mas poderosos señores, á pesar de haber recibido del monarca una de esas afrentas que en ningun tiempo se perdonan, permaneció fiel á su señor, hasta despues de su muerte y continuando despues la guerra en nombre de su hija, se hizo merecedor á aquel honroso epitafio, que en suelo extranjero puso una mano estraña á los rencores de partido, «aquí descansa la lealtad de España.»

Este noble era don Fernando de Castro.

A la sazón llevaba don Pedro lo peor de la lucha, y como siempre que esto sucedia, se habia refugiado en las montañas de Galicia, en donde el amor de sus vasallos, su valor y lo probado que tenian la sincera adhesión á su causa, le daban esperanzas de recobrar lo perdido.

Ademas la proximidad de estas costas á las de Inglaterra, en donde el príncipe de Gales estaba, y podia prestarle la ayuda que necesitase, hacia de Galicia el último asilo del infortunado monarca, cuyo único crimen era el tener un hermano bastante ambicioso para encender en su patria la guerra civil.

Pero existian tambien en Galicia partidarios de don Enrique, que menores en número y fuerzas, osaban apenas mostrar su desagrado á los que en aquellas tierras seguian el bando de don Pedro.

Habíalos sin embargo bastante turbulentos, entre aquellos que sin valor suficiente para abandonar sus castillos, ni menos deseos de ir á pelear al lado de don Enrique, atizaban en su patria el fuego de la discordia, movianse incesantemente y esperaban con impaciencia el momento del triunfo, que no les era dado mas que desear y en todo caso preparar.

Pertenecia á este número el prelado de Santiago, que unido por vínculos de parentesco á aquella familia, que como hemos dicho ya, llevaba en Toledo la voz por el bastardo, era en Galicia el jefe natural y reconocido de aquel partido, débil para la pelea, pero bastante fuerte y astuto para oponer á don Pedro y sus partidarios una resistencia pasiva, que irritaba sobre manera á este último, cuyo carácter irascible, exacerbado mas y mas por la continua lucha en que le tenian empeñado, no era lo mas á propósito para sobrellevar con paciencia la muda oposicion con que le castigaban sus enemigos.

Dueño don Suero de un poder bastante grande, puesto que era eclesiástico y el poder eclesiástico repartió siempre con el feudal, la dominacion absoluta de Galicia, bastante rico para sostener las banderas que levantase, bastante osado para mostrar en alguna ocasion y ostensiblemente su desagrado á don Pedro, era demasiado temible á los ojos de este para que no pensara alguna vez en lo útil que seria á su causa el que don Suero no existiera.

Disputábase mucho si don Pedro fue cruel, como le apellidaron sus enemigos ó solamente justiciero, como

quieren algunos, pero ageno de este lugar el razonamiento que nosotros hemos hecho, para ponernos del lado de estos últimos, solo podemos decir, que la historia (si este nombre merece) que le valió el primer dictado está escrita por la pluma de un servidor de su hermano y pagada por Enrique *el de las Mercedes*.

Cumple á nuestro propósito esta advertencia, porque algunos han querido hacer razon de estado lo que solamente ha sido cuestion de rivalidad ó de honra.

Antes de partir don Pedro para Inglaterra, bien contra la voluntad del de Castro, su mas fiel y valeroso partidario, quiso tener en Santiago las fiestas de San Juan y San Pedro que estaban cercanas, y con este motivo se detuvo algunos dias en aquella ciudad.

Si hemos de dar crédito á los manuscritos de los buenos monjes de San Martin Pinario, el rey se alojó en este convento, ocupando la cámara abacial, en donde segun los dichos manuscritos llamó el monarca á nuevo consejo á todos sus partidarios acerca de lo que debia hacer en las apretadas circunstancias en que se hallaba. Parece que el prelado compostelano acudió á este consejo aunque partidario del bastardo, y es esto una prueba de que don Suero no se habia declarado por don Enrique de un modo ostensible, pues de lo contrario ni hubiera sido llamado al tal consejo, ni necesitaba el rey como creen algunos valerse de un asesinato para librarse de su enemigo.

Habia el prelado acusado y vejado tanto, como señor





MUCHACHOS JUGANDO Á LAS BALAS.

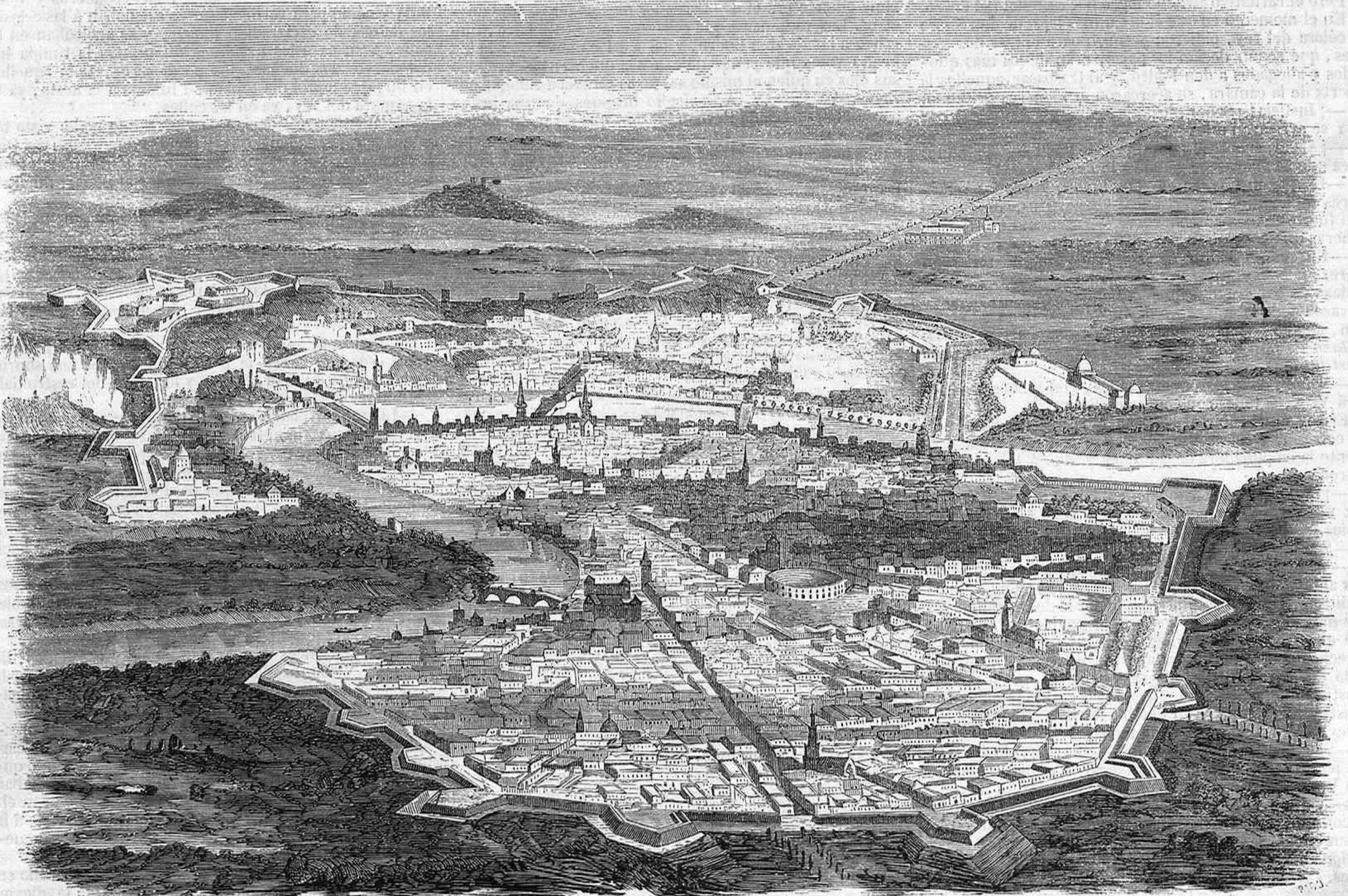
CUADRO DE DON FRANCISCO VILARRASA. — (ESPOSICION DE PINTURAS EN BARCELONA).

que era de Santiago y de los territorios pertenecientes á la mitra, á los que seguian el bando de don Pedro, durante la permanencia de este en Andalucía, que cuando

el rey llegó á Santiago abandonó precipitadamente su palacio y se retiró al cercano castillo de la Rocha, temeroso de que el rey se valiera de estas faltas para cas-

tigar su afecto al que mas tarde se llamó Enrique el de las Mercedes.

Don Pedro, á pesar de la violencia de su carácter,



VISTA DE LA CIUDAD DE VERONA.



no dió muestras de resentimiento por la retirada del prelado y se contentó con llamarle para el consejo que deseaba celebrar el día de su santo, como lo había hecho con los demás nobles que seguían su causa.

En tal estado se hallaban las cosas.  
Era la víspera de San Pedro, veíanse brillar á lo largo de los arrabales que se perdían al pié de las montañas que rodean la ciudad santa, las luminarias que en aquellos tiempos con mas alegría que en los presentes se encendían en las verbenas, fiestas ruidosas, que han llegado hasta nosotros despojadas ya de su primitivo carácter, sin esa frescura, sin ese bullicioso estrépito de que hacia gala la edad media.

Se paseaba el rey á lo largo de la cámara, dando muestras de impaciencia, y se acercaba á cada momento á las ventanas abiertas, para que el fresco de la noche templase algun tanto el calor que despedía la tierra. Sus servidores mas queridos apenas osaban interrumpir su meditación; era el momento en que como dirían sus adversarios, el leon se revolvía en su jaula. De repente volvióse hácia el abad de San Martín, que entraba á la sazón, y á don Fernando de Castro y les dijo:

—Miraba, señores, en este momento hácia el palacio arzobispal y dolíame de verle tan solitario; los escasos servidores de don Suero atraviesan aquellas habitaciones como sombras que se alejan y no sé por qué se me antoja creer que el palacio está de luto por mi venida á Compostela.

—Ya sabeis señor, replicó el de Castro, que don Suero no os es muy afecto.

—Sepa V. A., añadió el abad de San Martín, que nuestro muy amado prelado pasa la mayor parte del tiempo en su castillo de la Rocha.

—¡Vaya un prelado que teneis, señor abad!—replicó el rey.—Se encierra en su castillo como un lobo en su madriguera.

—Señor, los tiempos que corremos son harto penosos, los que siguen el partido contrario al de V. A. se atreven á todo contra los que le permanecen fieles...

—Efectivamente se atreven á todo, murmuró don Pedro.

—Y no es don Suero de los que menos se atreven, contestó el de Castro.

El abad de San Martín se santiguó devotamente y tembló por don Suero; conocía las faltas de este, no le era extraño el carácter del rey, y temió por un momento que la conversacion entre don Pedro y su servidor tomase un giro perjudicial para el arzobispo; así fue que intentó, y lo que es mas logró completamente, distraer la atención del rey dándole cuenta de los privilegios que el convento deseaba confirmarse.

Pero el caritativo abad no logró por completo su deseo.

En el momento en que él creía mas lejos de don Suero la cólera del rey, pidieron permiso para entrar dos nobles, que según decían los pajes, eran de los mas queridos y allegados á don Pedro, y al traspasar aquellos la puerta de la cámara, se acercaron al monarca gritando:

—¡Justicia! ¡Señor, justicia!

Y se arrojaron á los piés del rey.

—¡Alzad, señores!—les dijo este dándoles las manos para que se apoyasen: ¿qué es lo que os pasa?

—Es que en Castilla hay dos reyes, y que los servidores del legítimo monarca no están seguros, sino cuando son fuertes. Además señor, V. A. alimenta en su seno víboras que concluirán por matarle...

—En cuanto á eso decís verdad, mi buen Fernán Pérez, añadió el rey y tomando de encima de la mesa un pedazo de pan harto pequeño, de modo que sus palabras llevasen toda la amargura de que estaba lleno su corazón, añadió—víboras decís y no os engañais, con este pedazo de pan tengo para hartar á todos los leales de Castilla (1).

—Señor, contestaron los nobles, con menos los hartará V. A., si todos son como don Suero.

El rey sintió subir al rostro toda la ira que dormía en su corazón, enarcáronse sus cejas, apretó convulsivamente la empuñadura de su daga y dijo á los que entraron:

—¡Si mal no recuerdo, demandábais justicia!... y su voz era débil y sus palabras salían poco á poco de sus labios.

—Señor, V. A. dirá si la pedimos en balde.

—Ved, replicó el rey con amargura, que como digisteis antes, en Castilla hay dos reyes, y que aquel á quien os dirigís, vencido traidoramente por la deslealtad de los que mas le deben, va á pedir á un pueblo extranjero lo que el suyo natural le niega, brazos para sostener su derecho, contra un miserable bastardo, y contra un puñado de ladrones mas miserables que el que los guía. ¡Justicia me pedís! yo no puedo hacerlos, tomadla por vuestra mano, ya que en Castilla los nobles son mas que el rey y la justicia menos que todos.

—Si la lealtad con que siempre hemos servido á V. A. nos permitiera hablarle sin provocar su enojo, diríamos que V. A. nos debe protección—contestaron los dos nobles—y que nunca debe negársenos lo que hemos ganado con nuestra sangre: las afrentas señor—añadieron—ponen en labios de los que las reciben palabras amargas, perdonadnos, si hemos faltado. V. A. sabe que le somos leales.

(1) Histórico.

—¿Y qué queréis de un rey que no cuenta por suya, mas tierra que la que ocupan sus soldados?

—Queremos, señor, que nos oiga; queremos que despues de oirnos nos haga justicia... ó—añadieron—nos la deje tomar por nosotros mismos.

—¡Oídes, señor! dijo el de Castro, acercando su sitial en que se sentó don Pedro.

—¡Está bien! replicó este como distraído—¡empeza! añadió dirigiéndose á los dos nobles.

—Creo innecesario recordar á V. A.—esclamó Fernán Pérez—que he seguido sus pendones donde quiera que la fortuna los ha llevado. Próspera esta ó adversa, jamás me han visto abandonarlos y tened en cuenta, señor, que no digo esto para recordar mi lealtad, todos los buenos caballeros os la deben, sino para que podais saber mejor que he estado muchos años ausente de mi casa, en donde me esperaban un padre anciano y una madre cariñosa.

—Sé que me seguisteis siempre—esclamó don Pedro—sé que me fuisteis fiel, y así Dios os lo premie; pues como sabeis muy bien la deslealtad á nadie mancilla ya en nuestros reinos, y tanto se repite que mis nobles han convenido en tenerla por virtud; virtud bien acrisolada; vive el cielo! que tiene un bautismo bastante grotesco, el estrañamiento y para borrar su primer pecado la traición. Así, pues, mi buen Fernán Pérez, podeis recordarme vuestra fidelidad, una vez que hemos llegado á un tiempo en que esta es la excepción; son tan pocos los que permanecen leales á mi bandera, que no se fatiga mi memoria con recordar sus nombres, y por lo mismo no habré olvidado el vuestro.

—Pláceme que no olvideis que he estado siempre á vuestro lado el día de la lucha, y el de la derrota. Mi padre desde su vieja fortaleza hacia votos por el triunfo de vuestra causa, y mi madre, señor, oraba por la vida de su hijo de tal modo que siempre ansiaban noticias de vuestros triunfos, y no había guerrero que llamase á las puertas de su castillo á quien mi padre no preguntase por nuestro ejército, ni romero que al recibir de manos de mi madre la limosna que sus labios besaban antes, no tuviese que responder á las ansiosas preguntas con que ella deseaba saber de aquel hijo querido á quien la guerra tenia tan lejos de sus caricias.—Tu madre—me dijo no há mucho mi padre con lágrimas en los ojos, cuando me referia los sucesos que han puesto en mi corazón deseos de venganza—era demasiado jóven cuando tú naciste, de modo que hoy cuando mi cabeza, cansa ya por los años y las fatigas de la vida, parece inclinarse como una planta próxima á agostarse, ella es todavía hermosa, hermosa hasta lo imposible. Mala vecindad era por cierto la de otro palacio, en frente del nuestro, máxime cuando era el de otro señor mas poderoso que nosotros. Las ventanas á que solia asomarse tu madre, miraban á las de don Suero, y hé aquí como el que habia hecho votos que jamás debían ser quebrantados, puso sus ojos en quien el mismo sol no se atrevia á reflejar sus rayos. Ya sabe V. A.—añadió despues de una breve pausa el desgraciado Fernán Pérez—que mi padre siguió siempre vuestro partido, y que el arzobispo aunque encubiertamente es partidario y amigo del bastardo; así que durante vuestra ausencia, vejó y escarneció, bajo frívolos pretextos á aquellos buenos caballeros que no abandonaron jamás la causa de la justicia. Los ancianos, señor, y mayormente cuando estos han ganado con la espada el derecho de levantar su voz donde quiera que haya personas de honor, se dejan llevar muchas veces de la ira, porque á sus años crecen los brios del corazón á medida que faltan los de los brazos. Sepa V. A. que mi padre fue uno de los que hablaron al arzobispo con mas verdad, y por lo mismo mas amargamente. Don Suero castigó entonces, no el delito de haber acusado al prelado públicamente de poco afecto á vuestro partido, no el de seros fiel hasta ese estremo, sino el de tener una mujer hermosa; un calabozo del castillo de la Rocha cerró una vez su puerta detrás de un anciano, para no abrirse jamás sino por la mano del deshonor. Mi madre se echó á los piés del de Toledo, regó con sus lágrimas aquellas manos impuras, levantó á él sus ojos demandando compasión: don Suero no tuvo mas que una respuesta. Pueden algunos labios proferirla sin mancharse, pero ninguna mujer de honor puede escucharla, sin que la ira, el despecho, la vergüenza, haga salir á su rostro los colores del pudor. Ella no contestó al prelado, enjugó sus lágrimas y se alejó de aquellos lugares que parecían desplomarse sobre su débil cuerpo fatigado por tantas desventuras. Des de entonces, las ventanas del palacio de mis antepasados jamás se abrieron, mi madre trajo luto por el que era su amparo y su cariño, y no pensó mas que en verme. Llegó, señor, llegó por fin ese momento, y ella me refirió la desgracia de mi padre aunque calló todo aquello que podia poner en mi corazón los odios de la venganza. Don Suero, temeroso de que V. A. castigase tantos desmanes, me prometió poner en libertad á mi padre y lo cumplió en verdad, devolvió el esposo á la esposa, el señor al vasallo, pero no el honor que habia intentado mancillar; sus familiares la atacaron, y mi padre que por los años y por los trabajos de la prision se halla imposibilitado de tomar sobre sí el peso de la venganza, me ha llamado, y á mí su hijo, me refirió sus agravios y concluyó diciéndome:—Si á tu edad mi padre me hubiera llamado para contarme lo que has oído, escusaba añadir una palabra mas, yo sabria ya lo

que tenia que hacer. ¡Haz tú lo que quieras hijo mio!...

Calló el jóven caballero, y don Pedro volviendo el rostro al de Castro que estaba á su espalda, le dijo:

—Veamos, mi querido pariente, ¿qué respondemos á este hidalgo?

—Déjele obrar V. A. como mejor le plazca, el de Toledo no puede manejar la espada ni por lo mismo aceptar el reto.

—¡Reto! decís señor—interrumpió Fernán—el que insultó como villano, debe morir como villano. O el verdugo, ó el puñal.

—¡Escojed el que mejor os plazca! replicó el rey—y haráse la justicia que deseais.

Y se levantó como dando todo por concluido.

Los personajes que se hallaban en la cámara se alejaron, don Fernando de Castro y el abad de San Martín Pinario se acercaron á don Pedro; los demás caballeros fueron á felicitar al Turrichao, por haber conseguido lo que deseaba.

O el verdugo ó el puñal—murmuraba este al alejarse, —¡el último! ¡el último! será así mas completa mi venganza.

En tanto el de Castro decia al rey:

—Hé ahí, señor, un hidalgo que va á prestar á V. A. el mayor servicio que le es dado: vuestro mas poderoso enemigo en esta tierra en que la mayor parte de la nobleza os permanece adicta, desaparecerá; el resentimiento, hace el papel de la justicia.

Solo el abad de San Martín Pinario se horrorizó ante la idea de la venganza que Fernán Pérez pudiese tomar del arzobispo; aquella alma pura y sencilla, media por el agravió, el castigo, y por cierto no se engañaba cuando en la celda de uno de los monges mas ancianos de quien fuera á tomar consejo esclamó:

—Avisemos hermano, avisemos á nuestro desgraciado prelado, el peligro que corre, evitando de este modo su muerte, y el crimen de ese pobre mancebo.

Pocas mañanas tan hermosas habian aparecido en el horizonte de la vieja Compostela como aquella del día de San Pedro, en que el rey celebraba fiesta en el convento de San Martín.

Apenas el sol doró los góticos campanarios de la catedral de Gelmírez, que cayeron mas tarde para que pudiesen alzarse los de Juan de Herrera, cuando las campanas doblaron alegremente y las calles de la ciudad se inundaron de curiosos, que ya de los cercanos arrabales, ya de las aldeas acudían en tropel á presenciar la fiesta, que por otra parte nada tenia de notable.

Era de ver cómo iban llegando en lucidas cabalgatas los nobles de los alrededores, adictos al rey desgraciado, seguidos de sus pages de lanza, sus escuderos y vasallos; y cómo para verlos pasar se asomaban á las celosías las damas de esclarecido linaje, y se agolpaban en las calles á su paso las graciosas *burguesas* la tímida hija del siervo, las dueñas, los pordioseros, todo aquellos, en fin, que aquel día tenían su lugar en la fiesta, ya en la cámara del rey, ya en las calles.

—Hace tiempo—decia una vieja—que no he visto tan buena porción de hermosos y lucidos mancebos: así Dios los bendiga, y los saque con bien de tanta guerra como hay entre cristianos, que es ofender al Señor, mientras los moros andan sueltos...

—¡Deje la vieja de regañar!—replicó un mancebo en quien el bozo apenas sombreaba los labios pero que en lo airoso y alto del cuerpo y en lo fornido, parecia formado para los trances de la guerra—¿no sabe que todos esos caballeros, tan galanes y apuestos, deben sus riquezas y su nombre al valor que muestran en las batallas?

—¿Piensa el señor page entrar en muchas peleas y ganar esos honores?—le preguntó á su vez con sonrisa burlona, uno que por el traje y lo rollizo del rostro daba á entender pertenecía á la iglesia.

—Lo que no pienso es orar porque los moros se vayan de España, mientras tenga brazos para echarlos—le replicó el mancebo volviendo la espalda al burlon, haciendo al propio tiempo un mohín de disgusto.

Casi al mismo tiempo que pasaba esto en la antigua calle de Azabacheros, se oyó cerca del campo de San Benito, murmullo de muchedumbre, gritos, y la gente que se hallaba cercana al lugar del tumulto se agolpó hácia él, aumentando de este modo la confusion.

—¡El arzobispo!—¡El arzobispo!—gritaron algunos, y esta palabra mágica cruzó rápidamente por las dobles hileras de curiosos que se estendían hasta las escaleras del palacio arzobispal.

Echaron entonces por el suelo linojo y espadañas, lirios, rosas y cuantas flores podían, y vióse asomar por la estrecha calle la multitud que corría con la mayor algazara delante de la cabalgata de don Suero.

No era él de los primeros que habian acudido al llamamiento del rey, antes al contrario, aunque cercano el castillo de la Rocha, vino azar tarde el prelado, creyendo que de este modo conjuraba la tormenta que el buen abad de San Martín le habia avisado se preparaba contra él. Creyó que sus enemigos no se atreverían á herirle á la luz del sol entre tanta gente como le rodeaba en aquellos momentos.

Aunque con temor en el corazón, entró el prelado en Compostela fingiendo sonrisas, y mostrando la mayor indiferencia hácia lo que pudiera sucederle: muy lejos estaba de sospechar que cada paso le llevaba á donde él



temia, pero en donde él se empeñaba en creer no corría peligro alguno.

Montaba una soberbia mula, ricamente enjaezada, con gualdrapas de seda y oro, á la usanza mora, y marchaba seguido del dean Pedro Alvarez, al frente de la comitiva. Seguíanle pages y familiares, algunos arqueros y muchedumbre de clérigos, montados todos y luciendo los mas costosos trajes, pues entre ellos los había poderosos y ricos caballeros, que hacían gala de no amenegar el brillo de su casa con la pobreza que requiere el sacerdocio cristiano. Varios hidalgos de los afectos al prelado, de quien eran vasallos, le rodeaban haciendo caracolear sus corceles y ondear las plumas de sus gorras, mirando al mismo tiempo los mozos hacia aquellas traidoras celosías, detrás de las cuales ellos sabían, se ocultaba un hechicero rostro, á quien tal vez amaban en silencio.

Deslizábase alegremente la cabalgata, temerosos el arzobispo y el dean, su mayor amigo y consejero, descuidados y bulliciosos los demás. Las flores caían á sus piés, y el aire traía el perfume de tantas yerbas olorosas como se habían arrojado por el suelo: hasta el sol, el ardiente sol de verano templado por la estrechez de la calle, vertía sobre todos ellos uno de sus mas hermosos rayos, y parecía animar doblemente aquella escena.

Avisaron al rey la llegada del prelado, y subieron al terrado él y los suyos para admirar el lujo y suntuosidad de la casa de don Suero, de quien tanto habían hablado á don Pedro y de quien tenia este tantos motivos de enojo.

Aun bien no se había asomado el rey al balcon del terrado, cuando el arzobispo desembocó en la plazuela que cerraban por un lado San Martín Pinario, y por otro el palacio arzobispal. Saludó don Suero al rey, y cogiendo al propio tiempo las riendas á la mula y espoleando, se adelantó hacia la puerta de su palacio.

De repente un grito agudo desgarrador rompió el aire, y don Suero cayó de la mula, los hidalgos que le acompañaban sacaron las espadas, huyeron los pages y los clérigos y los villanos demasiado curiosos se acercaron al lugar de la escena. Vióse entonces, á un caballero cubierto con una pesada cota de malla, dirigiendo al arzobispo tan crueles palabras, que este se cubrió los ojos con las manos y murmuraba débilmente.

—¡Perdon!

—¿Lo tuviste tú de mi padre? ¿lo tuviste tú de mi madre? ¿lo tuvieron los tuyos de mi honra?

El prelado no respondía mas que con gemidos, los que habian sacado las espadas para defenderle, apenas osaron hacerlo, temerosos de enojar al rey que presenciaba esta escena y que gritaba al encubierto.

—¡Basta! ¡basta!

Cuando Fernán Pérez oyó estas palabras, miró con los ojos injectados en sangre, hacia el terrado, y luego alzando de nuevo el puñal, lo hundió dos veces en el corazón del prelado.

—¡Perdon! gritó éste incorporándose.... un instante rápido como el pensamiento, y don Suero cayó de nuevo sin hacer un movimiento, sin decir otra palabra.

Los que le rodeaban se alejaron tímidamente: solo el pueblo murmuró del hecho, mas que por nada, porque era obra de señores.

Don Pedro se retiró horrorizado, aunque la historia tiene por hipócritas las palabras de perdon que profirió, y las muestras de disgusto que dió ante tan triste y sangriento espectáculo. Pero es verdad tambien que la historia se engaña algunas veces.

MANUEL MURGUIA.

## VERONA.

Sabido es que la ciudad de Verona, una de las plazas fuertes del famoso cuadrilátero, constituye hoy uno de los baluartes del poder de Austria en la alta Italia. Nuestros lectores nos agradecerán por tanto que les demos una vista de la ciudad, tomada de los mejores originales y grabada espesamente para EL MUSEO.

Verona está situada en una llanura á orillas del Adigio y á unas doce millas de Venecia. Tiene delante de sí el Mincio con sus dos plazas fuertes Peschiera y Mántua por la parte de Lombardia, plazas que en el último tratado han quedado tambien al Austria; y por consiguiente para llegar á ella habrían necesitado los franceses otras dos batallas como las de Magenta y Solferino. El rio Adigio la divide en dos partes, que se comunican entre sí por medio de cuatro puentes de piedra. Es una importante plaza fuerte; y lo fue ya en tiempo de los romanos que quisieron ponerla al abrigo de los ataques de los galos. Tiberio la rodeó de muros flanqueados de torrecillas y despues se construyó el castillo que hoy se llama de San Pedro para defensa contra las invasiones de los bárbaros. Tiene hoy esta ciudad en la orilla derecha del Adigio tres puertas, entre las cuales se distinguen por su bella arquitectura la de Mántua y la del Palió; en la orilla izquierda no tiene mas que una, de no tan perfecta construcción. Son notables entre sus monumentos la catedral, que es un soberbio edificio gótico, muchas iglesias antiguas, y palacios de hermosa construcción, debidos á Paladio y San Micheli y adornados de pinturas del Veronés, Ticiano y otros insignes artis-

tas. Para una población que no pasa de 60,000 almas, Verona tiene cincuenta y dos iglesias católicas, tres teatros, tres hospicios, academias de agricultura y bellas artes, biblioteca, jardín botánico, escuelas de anatomía y de teología; y hace un extenso comercio en sedería. Se admiran tambien en ella las ruinas de un anfiteatro romano que podría contener 22,000 espectadores, y cuya magnificencia demuestran las estatuas, inscripciones y bustos descubiertos en diferentes épocas.

Verona, sometida á los romanos dos siglos antes de Jesucristo, fue despues teatro de sangrientas guerras civiles. Constantino la tomó por asalto; Estilicon derrotó al pié de sus muros á los godos mandados por Alarico; los ostrogodos la hicieron su capital y despues los lombardos. Formó luego parte del imperio de Carlomagno; se erigió posteriormente en república independiente, cayó bajo el yugo de los Visconti, y en 1405 se unió á Venecia, que la conservó con mas ó menos vicisitudes hasta 1797. Por el tratado de Campo Formio pasó al yugo del Austria y por los de 1815 se confirmó á esta potencia en su posesión.

Es célebre por sus consecuencias para nuestra patria el Congreso de Verona, reunido en 1822, donde la Santa Alianza se puso de acuerdo para suprimir los gobiernos constitucionales en el continente y sobre todo en España. Asistieron á este congreso el emperador de Rusia con el conde de Nesselrode, el emperador de Austria, el rey de Prusia, los de las Dos Sicilias y Cerdeña, los representantes de Francia y varios otros monarcas de pequeños Estados. El príncipe de Metternich presidió las deliberaciones diplomáticas y se decidió dar á la Francia el encargo de intervenir por la fuerza en España para restablecer el antiguo régimen. Mr. de Chateaubriand en su obra sobre el Congreso de Verona ha trazado un cuadro animado de aquella reunión, sin olvidar los acostumbrados elogios á sí propio y á su patria, que creyó muy honrada con el empleo de ejecutora de las altas obras de la Santa Alianza. Aquel congreso abandonó á los griegos á su destino y no quiso ni aun recibir á sus diputados: tratábase de la insurrección de la cruz contra la media luna, pero se trataba tambien de la lucha por la libertad griega contra el despotismo otomano; y la Santa Alianza abandonó la causa de la cruz en o.lío á la libertad con la cual iba unida.

## ERAMOS POCOS....

### I.

Suponemos que los lectores de EL MUSEO UNIVERSAL, siguiendo la general costumbre, habrán leído la firma que suscribe este artículo, inmediatamente despues del título que lo encabeza.

O, lo que es lo mismo.—Suponemos que encerrando nuestro artículo en un paréntesis de miradas, habrán suspendido su lectura hasta enterarse cumplidamente del título y de la firma.

Esta costumbre que censuran algunos escritores, nos parece muy natural y hasta necesaria.

Un artículo antes de ser leído, es para el lector, como una máscara que intenta dirigirle la palabra.

Sabido es que cuando procuramos averiguar, si una máscara es persona decente, digna de nuestra conversación, lo primero que se le mira son los piés y la cabeza.—La cabeza de un artículo es su título: sus piés la firma.

Pero al tropezar los lectores de EL MUSEO UNIVERSAL con un nombre quizá desconocido para ellos, habrán sentido indudablemente una estrañeza y una curiosidad inesplicables, que solo pueden compararse á la curiosidad y á la estrañeza que siente el que oye anunciar una visita nueva, el que asiste al debut de un artista, el que recibe una carta desconocida, el que va á gustar un plato estraño, ó el que halla en el bolsillo una moneda que el tacto no reconoce.

Admitidos estos símiles, permitiéndolo nos será creer que á la estrañeza y á la curiosidad del lector, se agregará la indecisión, ó mejor dicho, la reserva de engrirse ó apesadumbrarse de su encuentro con nuestra firma, mientras no lea este artículo y sepa á punto fijo quiénes somos.

De otro modo, é insistiendo en nuestras comparaciones, es preciso saber antes, si la visita es de un hombre honrado ó de un caballero de industria: si el artista es de primo cartelto ó un partiquino, si la carta trae una buena noticia ó algun chisme despreciable; si el plato es dulce ó amargo, ó si la moneda que el tacto no reconoce es una onza de oro, un duro de á veinte, ó un napoleon falso, que tambien los hay.

Entremos, pues, en esplicaciones.

### II.

Una de las ciudades mas lindas y mas animadas de España, tiene un excelente puerto de mar, cuyas ondas van á mirarse á cien galerías de cristal, magnífico espejo que circunda la playa.

A la entrada de aquella bahía, está situado un fuerte castillo, el castillo de San Anton, que altivo sobre las primeras rocas de la costa, parece su centinela avanzado.

Los numerosos buques que procedentes de todos los

puertos del mundo, recalán en aquel donde por primera vez escuché el murmullo de las olas, dirigen su proa hacia el castillo de San Anton para ganar la entrada de la bahía.

Al pasar bajo las baterías, casi rozando sus velas con los estirados cuellos de veinte cañones, una bocina asoma sobre las troneras, preguntando al advenedizo bajel:

—¡Ah del buque!... ¿Cómo se llama?

—¿De dónde viene?

—¿A dónde va?

—¿Qué cargamento trae?

Y el capitán del buque contesta categóricamente á estas preguntas, só pena de ser detenido por sospechoso, ó servir de blanco á los disparos del castillo.

Exactamente lo mismo sucede á los escritores que, como nosotros, llegan por primera vez ante un público.

—¿Quién es?

—¿De dónde viene?

—¿A dónde va?

—¿Qué producciones trae?

Hé aquí el interrogatorio que hace el lector á una firma desconocida.

Y ó tenemos que pasar por sospechosos, ó contestar inmediatamente á la bocina del público.

Vamos, pues, á satisfacer sus justos deseos.

### III.

Somos escritores imparciales.

Cedemos ante la verdad, como la noche ante el día.

Huimos de la mentira como la sombra huye del cuerpo.—(Debiéramos ampliar esta comparación añadiendo —Cuando el cuerpo camina hacia la sombra).

Tememos al desenfreno de las pasiones, como la hoja al remolino de la tormenta.

Y buscamos la razón, como todo busca un centro de gravedad.

Porque la razón es el centro de gravedad de las inteligencias.—Las que no descansan en ella, están locas, fuera de su reposo.

Pero no hablemos tan en serio.—Aunque naturalmente somos melancólicos, nos agrada vislumbrar un pensamiento risueño entre dos ideas sombrías; un rayo de sol entre dos nubes; el cristal de un río entre dos peñascos; una pollita de quince abril entre dos gallos de treinta y seis.

Venimos de otras publicaciones literarias tambien, siquiera no hayan brillado tanto como EL MUSEO en el cielo de nuestra literatura.

Plácenos cantar todo lo bello.

Ayer cantábamos mal, porque nadie nos enseñó á modelar la sustancia de la idea en la turquesa de la palabra.—Hoy cantamos peor, porque el frío de las altas regiones á donde nos elevamos es tan intenso que nos ha constipado.

Vamos.... andando sin saber á dónde, como dice Espronceda en su inmortal poema.

¡Dichosos aquellos que saben á dónde van!—En nuestro viaje intelectual navegamos sin ambiciones como una nave sin tripulantes á merced de los vientos y de las olas.

¡Ignoramos qué playa nos espera mas allá de esos horizontes que se estienden ante nuestra vista!—Quizá vayamos á perdernos en lo infinito del pensamiento sin dejar rastro de nuestro viaje.

¡Las olas en que nos agitamos borran de continuo la fugitiva estela que dejamos escrita en los caprichosos rumbos de nuestro viaje á la ventura!

Nuestras producciones ó nuestro cargamento, es muy pobre.

Venimos casi en lastre.

Tres ó cuatro libros que hemos escrito y dos ó tres colecciones de periódicos que hemos publicado no forman un cargamento, hoy que tanto se comercia con las bellas letras.

Es una miserable pacotilla que ni siquiera debe nombrarse en la declaración de registro.

Si vosotros no supiéseis que el programa de escritor que mucho ofrece, suele ser como la charlatanería de perfumista ambulante, os ofreceríamos mil primores literarios.

¡Pero tantos articulistas prometieron escribir algo bueno y publicaron mucho malo!...

¡Tantos Dulcamaras recomendaron su elixir de amor y vendieron una botella de agua turbia!...

### IV.

¡Ah del buque!... ¿Qué dirá!... ¿Cómo se llama?

—¿De dónde viene?

—¿A dónde va?

—¿Qué cargamento trae?

Ya nos conoceis.—Dadnos ahora permiso para volver en Madrid.

Sabemos que es un puerto desabrigado, combatido por todos los vientos y por borrascas tan peligrosas como las que corren en alta mar.—Sabemos tambien que los buques que comercian en bellas letras son molestados aquí por chalupas sin nombre, que se dedican á la mas osada de las piraterías; pero estamos dispuestos á sufrir con paciencia las tempestades de la vida y las flaquezas de nuestros prójimos.





TIPOS ESPAÑOLES.—GITANOS DE LA PROVINCIA DE MURCIA.

Tiempo es ya de concluir este artículo.—Por si os pareciere de cortas dimensiones (que no os parecerá) vamos á manifestaros en pocas palabras la razon de su laconismo.

Es mas bello un periódico,  
(como las aves),  
cuanto mas variado  
luce el plumage.

Las plumas nuevas  
suelen ser incoloras,  
pero ligeras.  
Hoy que nace la mia  
en EL MUSEO,  
estenderse no puede  
ni darle vuelo.

Mejor cortadas,  
otras sirven de guías  
para sus alas.

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

La última asamblea de los ducados italianos que ha proclamado la destitucion de su dinastía es la de Parma. La votacion se ha efectuado por unanimidad. En Módena los habitantes aseguran que si de nuevo se les impusiera por la fuerza el yugo del duque Francisco, emigrarian en masa al Piamonte. Se han publicado varias cartas de este soberano llenas de amargas censuras á Luis Napoleon, las cuales en nuestro concepto no son, sin embargo, de lo peor que ha escrito y hecho S. A.; y habiéndose indicado por sus partidarios que eran apócrifas, el gobierno modenés ha espuesto al público los originales en un cuadro. Algunos toscanos han redactado una protesta contra la destitucion de la casa de Lorena: el gobierno la ha hecho insertar en el Monitor toscano, invitando á los que gusten firmarla á que lo hagan con toda libertad, pero nadie se ha presentado. El gobierno de Bolonia ha publicado su manifiesto y emitido la idea de comprar á Venecia, para lo cual ofrece contribuir con una cantidad. La idea no nos parece propia de este siglo: si Austria vendiese á Venecia se deshonraria; así como haria bien en cederla. Recuerden los italianos el dicho de su antecesor Camilo cuando Roma quiso comprar su libertad á los galos: «Roma se ha de rescatar con hierro, no con oro.» Por lo demás, las conferencias de Zurich continuan sin producir resultado: y creemos que estando próxima la estacion de las lluvias, esas conferencias no podrán menos de aguarse. La residencia en Zurich se hará incómoda, y los plenipotenciarios se irán á conferenciar á otra parte. En un periódico belga se ha propuesto; para resolver la cuestion de los ducados, que se funde un reino de Etruria para el príncipe Napoleon primo del emperador francés: y nos parece que el tal periódico belga ha dado en el hito y en el busilis de la cuestion.

El interés de las cosas de Italia se disminuye para nosotros ante el mayor interés que nos ofrecen las cosas de Africa. Los moros de Ceuta han atacado y des-

truido las fortificaciones exteriores que se levantaban en el campo concedido á España delante de aquella plaza. El gobierno inmediatamente ha dispuesto enviar á Ceuta varios regimientos que ya están allá y reunir un ejército de observacion en Algeciras, y de una escuadra en el Mediterráneo para enviar una fuerte expedicion á Marruecos si las negociaciones entabladas no producen resultado. El ejército ha recibido con entusiasmo la idea de una expedicion al Africa del Norte: la nacion la acoge tambien con deseo de que sea fructuosa y la política tradicional del país la aconseja, toda la prensa ha estado unánime en esta ocasion para estimular al gobierno á que marche sin vacilar por el camino que ha emprendido. Nosotros no seremos menos que toda la prensa y nos permitiremos indicar que si es cierta la noticia de haberse enviado de Southampton á la costa de Marruecos un buque con diez mil carabinas rayadas, el gobierno debe apresurarse á declarar la guerra y anunciar que prohibe é impedirá el comercio de semejantes útiles con su enemigo.

Mientras nosotros negociábamos y teníamos esperanza de que el emperador de Marruecos hiciese justicia á nuestras reclamaciones, el bueno de Abd-el-Rahman encargaba á Londres los medios que le parecian mas eficaces para su buen éxito. Despues este emperador ha muerto, y nosotros hemos sentido mucho su pérdida, porque si hubiese vivido, dicen los que lo entienden que se nos habria hecho justicia. ¡Era tan bueno el difunto! tenia ochenta y un años cuando murió y subió al trono en 1822 por muerte de su tío Muley Soliman. Fanático al principio, despues que se afirmó en el trono habia protegido á los pocos europeos que visitaban su imperio, especialmente ingleses, y dado á algunos buenos consejos. Tambien habia procurado introducir en su ejército la táctica y los adelantos europeos.

Con motivo de la guerra de Africa, si es que al fin tenemos guerra, se adelantan las operaciones de la quinta que debia celebrarse segun la ley en abril del año que viene. El sorteo de los que en abril del año que viene han de tener veinte años se hará en 4 de diciembre del corriente; de modo que los mozos que están para cumplir la edad sabrán antes de cumplirla la suerte que han de tener despues de cumplida. Las mozas quisieran saber otro tanto, á pesar de que muchas veces vale mas ignorar el porvenir. Si todos supiéramos lo que nos iba á suceder ¿qué seria de la sociedad?

La corte vuelve de San Ildefonso y las córtes se reúnen en 1.º de octubre: las fériás vienen tambien en este mes, y las lluvias vendrán á refrescar la atmósfera. El cólera parece que ha aplazado su venida para el año que viene; está aguardando la desecacion del canal del Manzanares para hacer menos molesta su estancia á los dignos habitantes de esta villa. Dicen que el señor ministro de Fomento ha llamado á sí este expediente, incoado en tiempo del celoso director de obras públicas don Cipriano Montesino, y que, desde entonces acá ha dormido entre el polvo del archivo. Mucho celebraremos que la noticia sea cierta, porque al fin en Madrid no faltan puntos para suicidarse, y como el canal no sirve para otra cosa, con su desaparicion no se deja desatendida esa necesidad de la civilizacion moderna. Hay en la villa infini-

dad de pozos de aguas sucias, que para el que guste ahogarse en ellas podrán suplir al canal; y el que quiera ahogarse en agua clara tiene el medio sencilló de meterse de cabeza en la tinaja de su casa interin vienen las aguas del Lozoya.

La terminacion del agosto ha inaugurado la acostumbrada serie de funciones á los santos patronos de los pueblos. La Virgen de Vallecas, entre otras, tiene el privilegio de atraer á su iglesia á multitud de devotos. El otro día, el 8, con motivo de haber anunciado la empresa del ferrocarril, que por seis cuartos se podia ir en el tren á Vallecas y por otros seis volver, acudieron unas 20,000 personas á gozar del beneficio; y como no habia mas que tres trenes extraordinarios y todos los que tomaron billetes querian ir en el primero, calcule el piadoso lector la confusion que se armaria. Llegó á la estacion el gobernador de la provincia y de acuerdo con la empresa, dispuso que salieran trenes de diez en diez minutos, y salieron diez y nueve. Los campos de Vallecas, donde el vino dicen que se encuentra á cuatro cuartos el cuartillo, eran un segundo Tetuan. Cuéntase que la señora justicia del lugar quiso tomar la providencia para evitar mayores males, de mandar á los taberneros que templasen con agua la fuerza del líquido elemento de sus bodegas, pero no tuvo necesidad de dar la órden, porque halló ampliamente prevenidos sus deseos por aquellos dignos sacerdotes de Baco.

La empresa del ferrocarril en casos tales, debería, en vez de anunciar dos ó tres trenes extraordinarios, decir que saldrian los necesarios desde una hora dada á otra, compuestos de tantos carruajes, capaces de llevar tanto número de personas; abrir luego el despacho de billetes para el primer tren y no dar sino los que bastasen á llenarlo, hasta que habiendo salido el tren, pudiera volverse á abrir el despacho para el otro y así sucesivamente.

Las obras para la esposicion agricola de Valladolid, que debe comenzar el 20, adelantan de un modo notable, y segun el Norte de Castilla, revelan cada dia mas el buen gusto que á ellas ha presidido. Inaugurado el concurso, habrá cuatro dias de corridas de toros; en el local de la esposicion se dará un brillante baile y no faltarán funciones en el teatro, iluminacion, fuegos, cuecañas y músicas. La afluencia de gente á la capital de Castilla, será con este motivo inmensa: ya están tomadas muchas casas particulares y fondas y los asientos de las diligencias. El Museo asistirá á estas fiestas por representacion y dará cuenta de ellas.

Hasta ahora no tenemos mas teatro abierto que el de la Zarzuela, que nos ha dado para principio de temporada una version lírica francesa. Titúlase el libreto *Zampa* y está bien traducido: la música es de un buen compositor y agradó: la pieza, como obra literaria es bastante mala. Ya el teatro de Jovellanos ha sustituido esta produccion con otras tres originales, de cuyo éxito hablaremos despues de haberlas visto. Celebramos que el teatro lírico español siga mas bien este camino que el otro, prefiriendo el original á lo traducido ó arreglado: ya que digamos desalinos alguna vez, que sean siquiera nuestros, y no vayamos á buscar los agenos.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La memoria de Merino estremece la tierra.



AVISO.

Los señores suscritores, cuyo abono concluye este mes, se servirán renovarlo si no quieren sufrir retraso.

OTRO.

Los suscritores á EL MUSEO UNIVERSAL que lo son tambien á la Biblia y tienen recibidos los tomos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, recibirán el 5.º el 15 de setiembre, remitiéndose á provincias el mismo día.

Los que toman el Año Cristiano, los cuales asimismo tienen el 4.º han de recibir el 5.º el citado 15 de setiembre; todo segun las bases establecidas en los prospectos.

Los que se suscribieron á la Historia de España y obras de Chateaubriand, tienen recibido ya el último tomo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,  
EDITORES. MADRID: PRINCEPE, 4. 1859.